

dato de hacer llegar á vuestras manos la respuesta del señor de Boïscoran.

Mientras que la señorita Dionisia escribía, Méchinet habia hecho un paquete con los títulos que le habia llevado. Al entregárselos, le dijo:

— Tomad, señorita, si necesito dinero para Blangin ò para Frumencio Cheminot, os lo haré saber.... Ahora, partid.... Es inútil que veais á mis hermanas. Me encargo de explicarles vuestra visita.

---

---

## VIII

— ¡Qué puede haberle sucedido á Dionisia, que no ha vuelto! murmuraba el abuelo Chandoré dando vueltas á la plaza del Mercado Nuevo, consultando su reloj por la vigésima vez.

Durante mucho tiempo, el temor de disgustar á su hija y el miedo de ser regañado, o hicieron estarse en el lugar en que ella le habia mandado esperar; pero al fin, seriamente atormentado:

— ¡Ah! por mi fe, suceda lo que suceda, dijo, voy á arriesgarme...

Atravesò la calzada que separa la plaza de las casas y se metió en el largo pasadizo de la habitacion de las hermanas del escribano Méchinet.

Ya se disponía á poner el pie en el primer peldaño de la escalera, cuando vió una luz en lo alto.

Escuchó casi al momento la voz de su nieta, y reconoció su ligero paso.

—¡Al fin!... pensó.

Y listo como un colegial que oye llamar á su maestro, temblando de ser cogido en flagrante delito de inquietud, volvió á su lugar.

La señorita Dionisia volvió casi al mismo tiempo y le saltó al cuello.

—Buen papá, dijo haciendo sonar sus frescos labios sobre las toscas mejillas, te traigo tus títulos.

Si alguna cosa debia asombrar al señor de Chandoré, era el encontrar en el mundo un sér bastante duro, cruel y bárbaro para resistir á las súplicas y á las lágrimas de la señorita Dionisia—sobre todo á las lágrimas y á las súplicas acompañadas de ciento y veinte mil francos.

Con todo eso.

—Te habia dicho, querida hija, dijo tristemente, que no conseguirias....

—Y te equivocaste, buen papá, y te equivocás todavía, he conseguido.

—Sin embargo, puesto..... que traes el dinero.

—Es que he encontrado un hombre honra-

do, abuelo, un hombre de corazón. ¡Pobre muchacho! ¡á qué prueba he sujetado su probidad!... porque está muy apurado, lo sé de buena fuente, desde que compró en compañía de sus hermanas su casa. Era más que una esperanza, era evidentemente la fortuna lo que le ofrecí. También era preciso ver brillar sus ojos y temblar sus manos, mientras miraba estos títulos que estuvo tocando. ¡Y bien! los ha rehusado, buen papá, los ha rehusado. No admite ninguna recompensa por el grandísimo servicio que va á prestarnos....

El señor de Chandoré aprobó con la cabeza.

Tienes razón, hijita, ese escribano es un honrado hombre que acaba de adquirir derechos eternos á nuestra gratitud....

—Conviene agregar, replicó la señorita Dionisia, que he estado con un valor extraordinario. Nunca me hubiera creído capaz de tanta audacia. ¡Que ne habieras estado oculto en un rincón, para verme y escucharme! Helloorado bien un poco, pero después, cuando obtuve lo que quería....

—¡Oh! querida, querida niña! murmuró el viejo conmovido.

—Es que mira, no pensaba sino en el peligro de Santiago y en la gloria de mostrarme digna de él que ha sido tan valeroso. Espero que estará contento de mí....

Será un señor muy descontentadizo si no lo está... exclamó el señor de Chandoré.

Pero era bajo los árboles de la plaza del Mercado Nuevo donde estaban platicando el abuelo y la nieta y ya varios paseantes habian encontrado el modo de pasar tres ó cuatro veces cerca de ellos con el oido muy atento, fieles á esa discrecion encantadora que es una de las diversiones de Sauveterre.

Pero precaviéndose por las prudentes recomendaciones de Méchinat, la señorita Dionisia no tardó en apercibirlo.

—Nos escuchan, dijo á su abuelo, ven, te diré todo en el camino.

Y en efecto, caminando le refirió hasta los menores detalles de su entrevista y el viejo gentil hombre declaró no saber en verdad qué debía admirar más, si su presencia de ánimo ó el desinterés de Méchinat.

—Razon de más, concluyó la joven, para no aumentar los peligros á que va á exponerse ese honrado hombre. Le he prometido una discrecion absoluta y cumpliré mi promesa. Si quieres creerme, buen papá, no diremos nada á las tías ni á la señora de Boiscoran.

—Confiesa desde luego, que lo que quieres es salvar á Santiago tú sola....

¡Ah! ¡si lo pudiera!... Desgraciadamente es necesario poner al señor Folgat al tanto de

la confidencia, porque no podremos pasarnos sin sus consejos.

Así fué hecho. Las tías Lavarande y la marquesa de Boiscoran se contentaron con la explicacion bastante inverosímil que de su salida les dió la señorita Dionisia.

Y algunas horas más tarde la joven, los señores Folgat y el señor de Chandoré, tuvieron una conferencia en el gabinete del baron.

Más que el señor de Chandoré todavía, el joven abogado llegó á sorprenderse de la concepcion de la señorita Dionisia y de su atrevimiento para ejecutarla. Nunca la hubiera sospechado capás de semejante pretension, siendo tan joven y conservadno aún las gracias sencillas y la timidez de la infancia.

Quiso cumplimentarla, pero ella:

—¡En donde esta mi mérito? interrumpió vivamente. ¿A qué peligro me he expuesto?

—A un peligro muy real, señorita, os lo aseguro.

—¡Bah!... dijo el señor de Chandoré.

—¡Corromper á un funcionario, prosiguió el señor Folgat, es grave! Hay en el Código Penal cierto artículo, 179, nada agradable que pone en la misma condicion al corruptor y al corrompido.

—¡Y bien! ¡tanto mejor! exclamó la señori-

ta Dionisia, si el pobre Méchinot vá á la cárcel, lo acompañaré.

Y sin fijarse en la expresion de disgusto de su abuelo:

—En fin, señor, dijo al señor Folgat, su deseo está ya realizado. Ahora vamos á tener noticias positivas del señor de Boiscoran, nos dará sus instrucciones....

—Puede ser, señorita....

—¡Cómo! puede ser.... Habéis dicho delante de mí....

—Os he dicho, señorita, que sería inútil, tal vez imprudente, intentar algo sin saber la verdad. ¡La sabremos! ¿Creis que el señor de Boiscoran, que tiene tantas razones para desconfiar de todo, la dirá en una respuesta que tiene que pasar por muchas manos antes de llegar á las vuestras....

—La dará, señor, sin restricciones, sin temor, sin peligro....

—¡Oh....

—Mis medidas están tomadas.... Lo veis.

—Entonces no tenemos más que esperar.

¡Ay! sí, era necesario esperar y eso era lo que desconsolaba á la señorita Dionisia. Apenas durmió. La mañana del día siguiente fué un prolongado suplicio. Cada vez que sonaba la campanilla, se estremecía y corría á ver..

En fin á las cinco de la tarde viendo que nadie habia llegado:

—No será para hoy, dijo. ¡Dios mío! con tal que ese pobre de Méchinot no se haya dejado sorprender

Y tal vez para escapar á las observaciones de sus temores, consintió en acompañar á la efiora de Boiscoran á una visita.

—¡Ah! ¡si hubiera sabido!....

No habian pasado diez minutos de su salida cuando uno de esos muchachos que se encuentran á toda hora del día vagando por las plazas de Sauveterre, se presentó llevando una carta con la direccion de la señorita Dionisia.

Se la llevaron al señor de Chandoré que, esperando la hora de la comida, daba una vuelta en el jardín acompañado del señor Folgat.

—¡Una carta para Dionisia! exclamó el viejo gentil-hombre, luego que el criado se hubo alejado, es la respuesta que esperamos....

Rompió el sobre atrevidamente.

¡Ah! fué una operacion inútil. El billete encerrado en la cubierta, estaba concebido así:

31: 9, 17, 19, 23, 25, 28, 32, 101, 102, 129, 137, 504, 515—37: 2, 3, 4, 5, 7, 8, 10, 11, 13, 14, 24, 27, 52, 54, 118, 119, 120, 200, 201—41: 7, 9, 17, 21, 22, 44, 45, 46....

Habia dos páginas escritas así.

—Tomad, señor, á ver si podeis comprender, dijo el señor de Chandoré, dando aquella respuesta al señor Folgat.

Positivamente el joven abogado procuró hacerlo. Pero después de cinco minutos de inútiles esfuerzos:

—Comprendo, dijo, que la señorita de Chandoré tenía razon al decirnos que sabíamos la verdad.... el señor de Boiscoran y ella se han entendido antes por medio de una clave....

El abuelo Chandoré levantó las manos hacia el cielo.

—Ved lo que son las nietas, dijo, ¡vedlas!.. Estamos á su discrecion, porque solo ella puede traducir ese papel de magia,

Si acompañando á la marquesa de Boiscoran á la casa de la señora Seneschal, la señorita Dionisia, esperaba disipar los tristes presentimientos de que estaba poseida, vió fracasar su esperanza.

La excelente mujer del corregidor no era de esas que pueden dar valor á la hora en que se sienten desfallecer.

Solo habia sabido arrojarle alternativamente en los brazos de la señora de Boiscoran y la señorita de Chandoré, repitiéndoles con entrechortados sollozos, que las tenía á la una por

la más desgraciada de las madres y á la otra por la más infortunada de las novias.

—¡Esta mujer cree, pues, que Santiago es culpable? pensaba no sin sulfurarse la señorita Dionisia.

Pero no fué eso todo.

Al regresar, como á la mitad de la calle Mautrec, no lejos de la casa donde estaban provisionalmente instalados el conde y la condesa de Claudieuse, oyeron á un muchacho que gritó:

— ¡Mamá, ven á ver á la madre y á la novia del asesino!....

La pobre joven volvió, pues, más afligida de lo que se fué, cuando su recamarera que evidentemente espiaba su regreso, le dijo que el abuelo y el señor Folgat la esperaban en el gabinete del baron.

Sin darse tiempo ni para quitarse el sombrero, corrió y al entrar:

—Aquí está la respuesta, le dijo el señor de Chandoré, presentándole la carta de Santiago.....

No pudo contener un grito de alegría, y con gesto rápido, tomo la carta y la llevó a sus labios, repitiendo:

— ¡Estamos salvados, estamos salvados!....

El señor de Chandoré sonrió por lo conten-  
ta que estaba su nieta.

—Solamente, señorita misteriosa, replicó, teniais á lo que parece, grandes secretos que cambiar con el señor de Boiscoran, porque habeis adoptado una clave ni más ni menos que si fuerais conspiradores. El señor Folgat y yo hemos perdido nuestro latin....

Sólo entonces recordó la joven la presencia del abogado de Paris, y más roja que una amapola:

—Ultimamente, dijo, Santiago y yo, no sé con qué motivo, tuvimos la ocasion de hablar de medios imaginados para corresponderse secretamente, y me enseñó este. Se escoje una obra cualquiera y cada uno de los dos correspondientes toma un ejemplar de la misma edicion. El que escribe busca en su ejemplar las palabras que necesita y las indica con cifras. El que recibe la carta, con las cifras encuentra las palabras. Así es que en la carta de Santiago, los números seguidos de dos puntos, indican una página y los otros números el orden de las palabras escojidas en esa página.

—¡Eh! ¡eh!..... dijo el abuelo Chandoré; ¡yo hubiera buscado mucho tiempo!....

—Es muy sencillo, continuó la señorita Dionisia, muy conocido y sin embargo muy seguro. No es posible que un extraño adivine el libro escojido para la correspondencia. Hay además otros medios para desorientar á los

indiscretos. Se conviene por ejemplo en que nunca las cifras tengan su valor, ó tambien que ese valor varíe segun el dia en que se escribe la carta, el primero, segundo, tercero ó último de la semana. Así es que hoy es lunes, primer dia, ¿no es así? ¡Pues bien! de cada número de la página debo retirar el 1 y agregar ese 1 á cada número de la carta.

—¿Y puedes reconocerlo dijo el señor Chandoré.

—Seguramente, buen papá. Desde que Santiago me explicó este sistema, lo he ensayado con exactitud. Escogiamos un libro que amo mucho. *El Lago Ontario*, de Cooper, y nos hemos divertido escribiéndonos cartas. ¡Oh!... se emplea mucho tiempo porque es una operacion larga y como no siempre se encuentra la palabra que se necesita emplear, es indispensable entonces designarla letra por letra...

—¿Y el señor de Boiscoran tiene *El Lago Ontario* en su prision? preguntó el señor Folgat.

—Sí, señor, lo he sabido por el señor Méchinnet. El primer cuidado de Santiago desde que lo incomunicaron ha sido el de pedir algunas novelas de Cooper, y el señor Galpin-Daveline, que es tan astuto, tan penetrante y tan desconfiado, ha ido personalmente á buscarlas. Santiago contaba conmigo, señor.....

—Entonces, mi querida hija, vas á cumplirnos el gusto de descifraros ese enigma, dijo el señor de Chandoré.

Y luego que ella salió:

—¡Cuánto lo ama, murmuró, cuánto ama á Santiago!... Si le aconteciera una desgracia, señor, ella se moriría....

El señor Folgat no respondió.

Trascurrió cerca de una hora antes que la señorita Dionisia, encerrada en su recámara, acertando á unir todas las palabras designadas por las cifras de Santiago de Boisgeran, volviera á presentarse.

Pero cuando hubo acabado, al reaparecer en el gabinete de su abuelo, la más profunda desesperacion se leía en su rostro juvenil.

—¡Esto es horrible!.... dijo.

La misma idea, como una aguda flecha, atravesó el espíritu del señor de Chandoré y el joven Folgat.

¡Santiago al fin confesaba!....

—Tomad, leed, les dijo la señorita Dionisia dándoles su traduccion.

Hé aquí la carta de Santiago:

“Mucho agradezco vuestra carta, mi bien amada Dionisia.

“Un presentimiento me la habia anunciado y por eso me he procurado *El Lago Ontario*.

“Demasiado comprendo vuestro dolor al ver

que mi detencion se prolonga y no me disculpo. He guardado silencio, porque esperaba que las pruebas de mi inocencia llegarían de fuera. Reconozco que esperar todavía sería insensato, y tendré que hablar. Hablaré. Pero lo que tengo que decir es tan grave, que guardaré silencio hasta que me sea permitido consultar con un hombre de toda mi confianza. Es más que prudencia lo que necesito ahora, es habilidad. Hasta este momento, apoyado en mi inocencia, permaneci tranquilo. Mi último interrogatorio acaba de abrirme los ojos, mostrándome lo inmenso del peligro que corro.

“Mis angustias serán espantosas hasta el día en que pueda ver á un abogado. Dad las gracias á mi madre por haber traído uno. Espero que me perdonará el dirigirme desde luego á otro que no sea él. Tengo necesidad de un hombre que conozca á fondo nuestra poblacion y sus costumbres.

“Es al señor Merguis á quien elije, y os encargo que le advertais que esté dispuesto para el día en que terminada la instruccion deje de estar incomunicado.

“Hasta entonces nada puede hacerse, sólo que se obtenga, si es posible que se retire mi negocio á G. D. para confiarlo á otro.

“Ese hombre se conduce indignamente. Me

cree en lo absoluto culpable y cometería un crimen para acusarme de él, pues no perdoné ni un medio para hacerme caer en la red que me ha tendido.

—Me cuesta mucho trabajo conservar mi calma todas las veces que veo entrar en mi prision á ese juez que se llamó mi amigo.

—¡Ah, queridos! ¡expío cruelmente una falta que hasta ahora tengo la conciencia de no haber cometido!

—Y vos, mi única amiga, nunca me perdonareis los horribles tormentos que os causo...

—Tendría todavía mucho que deciros, pero el detenido que me ha entregado vuestro billete me ha dicho que me apresure bastante y tardo mucho en unir las palabras...

S...."

Terminada la lectura de aquella carta, los señores Folgat y Chandoré volvieron tristemente la cabeza, temiendo tal vez que la señorita Dionisia leyera en sus ojos el secreto de sus pensamientos.

Peró comprendió demasiado lo que significaba aquel movimiento.

—¡Dudais, pues, de Santiago, abuelo? exclamó:

—No, murmuró débilmente el señor de Chandoré, no....

—Y vos; señor Folgat, ¿no os refriareis,

porque Santiago quiera consultar con otro abogado?

—Sería yo el primero, señorita, en aconsejarle que vea á una persona de la poblacion...

La señorita Dionisia necesitó de toda su energía para contener sus lágrimas.

—Sí, esa carta es terrible, dijo; ¡pero cómo no había de ser!.... No comprendéis que Santiago está desesperado, y que su razon no está segura después de tantas torturas inmerecidas?....

Algunos ligeros golpes dados en la puerta la interrumpieron.

—Soy yo, dijo la voz de la señora de Boiscoran.

El abuelo Chandoré, el señor Folgat y la señorita Dionisia se consultaron un momento con la mirada.

Al fin:

—La situacion es demasiado grave, pronunció el abogado, para que la madre del señor de Boiscoran no sea consultada.

Y se levantó para abrir.

Mientras tenian la conferencia la señorita Dionisia, su abuelo y el señor Folgat, un criado habia llegado cinco ocasiones á decirles á través de la puerta cerrada con cerrojo, que la sopa estaba en la mesa.

—Está bien, habian dicho á cada vez.